

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA IRUÑEKO GAZTEENDAKO LITERATUR LEHIAKETA 2019

NARRATIVA CASTELLANO 14- 16 AÑOS

SEGUNDO ACCÉSIT:

El bosque no olvida Axel Espinosa Albéniz

Allí estábamos. En la penumbra, en la profundidad del bosque, tras un árbol húmedo, del que caían gotas de agua. Se deslizaban lentamente produciendo un sonido acompasado, como el ritmo regular del segundero de un reloj de aguja. Una melodía capaz de agobiar y volver loco a cualquiera. Kenny asomó lentamente su cabeza para observar lo que no podíamos ver a través del tronco. Sólo asomó medio ojo y parte de su flequillo húmedo con manchas de sangre. De repente, sin venir a cuento, Kenny se volvió y apoyó la espalda contra el árbol. Mi corazón palpitó a toda velocidad, más rápido que nunca. Yo sentía que en cualquier momento podía llegar un infarto.

–Están ahí –dijo Kenny–, han seguido nuestro rastro.

Mi corazón palpitaba más y más fuerte a cada segundo que transcurría. No podía más. La verdad es que no sé por qué razón yo también me asomé. Lo que vi paró mi respiración por un instante. Bajo el reflejo de la luna, decenas de ojos inyectados en sangre, esperaban inmóviles, justo ahí, donde estábamos. No sabía qué hacer, sólo sabía que teníamos que salir de allí, así que me giré hacia Kenny y dije:

–¡Vamos! ¡Hay que buscar un refugio ya!

Pero Kenny ya no estaba allí. Empecé a sudar pensando en que ellos se lo habían llevado y lo habían matado como a Marcos y a Julia. Recordaba esos momentos continuamente... Eran perturbadores. Las imágenes de mis amigos, atravesados desde la espalda hasta el tórax, con heridas profundas, se repetían en mi mente... No podía más, sentía que la cabeza me iba explotar. Me

senté e instantáneamente noté algo metálico que apretó mi cuello. Ese metal era gélido, tanto que me dio un escalofrío al sentirlo sobre la piel. Me di la vuelta con cuidado. El cañón de la escopeta dejó de presionar mi cuello y me apuntó directamente a la frente. Sorpresa, ¡era Kenny!

–¿Qué estás haciendo? –grité.

Él se limitó a permanecer en silencio, se había vuelto loco. Repetí la pregunta unas cuantas veces, en un tono más alto cada vez, pero él seguía sin contestar. Momentos después me contestó.

–Shhhh. Te van a oír –dijo–, y no quieres acabar como nuestros amigos, ¿verdad?

Su voz sonó tan escalofriante que no supe qué responder, tragué saliva y permanecí quieto, tratando de escuchar si ellos estaban acercándose. Kenny me miró de arriba abajo y continuó:

–Todo es por tu culpa. Tú nos metiste en esta bazofia, y sí, al principio fue divertido, pero mira cómo ha acabado todo. Marcos y Julia han muerto por tu culpa, porque tú les animaste a hacerlo. Dejó de ser algo puntual y lo convertiste en su hobby. En nuestro hobby.

Las lágrimas descendían desde sus párpados hasta sus mejillas, tenía rabia en la voz, se le notaba, estaba roto. Yo cada vez estaba más asustado. Kenny se secó las lágrimas y retomó el discurso:

–¿Sabes qué, Howard? Yo no voy a morir por tu culpa. No voy a morir. ¿Ves esta escopeta? Solo queda una bala y la voy a utilizar contigo. Vas a pagar por tus actos, por todo lo que has hecho. Me niego a permanecer aquí contigo, seguramente moriría también. ¿Unas últimas palabras?

No daba crédito a lo que acababa de escuchar. Se acabó –pensé–. Hasta aquí he llegado.

–Ha llegado tu hora –dijo Kenny–, púdrete en el infierno.

Acerco su dedo al gatillo mientras yo cerraba los ojos. Y el disparo sonó. Abrí los ojos y me toqué el pecho. Nada. Me palpé la tripa. Tampoco. Miré hacia abajo y vi mi bota chorreando sangre. A su lado, el cerebro de Kenny se desparramaba a través de su frente sobre el cráneo agujereado. Me aparté. Creí que Kenny se había suicidado, pero, al instante, vi una figura a poca distancia. Me hacía señales con una linterna y me indicaba una pequeña cabaña.

–¡Corre! –dijo la silueta.

Dirigí mi mirada hacia atrás. Ellos estaban ahí, esperando para alcanzarme cuando estuviera desprevenido y acabar conmigo. Se acercaban poco a poco. Comencé a correr y sentí cómo ellos también lo hacían. El suelo retumbaba. Con cada una de mis zancadas la tierra resonaba bajo mis pies. Sentía temblores tan fuertes que, en mi cabeza, pensaba que iban a derribarme en cualquier momento. Tardé muy poco en llegar a esa cabaña, pero el trayecto se me hizo eterno. El tiempo pesaba cada vez más, como los músculos, que parecía que se habían vuelto de plomo. Me faltaba el oxígeno, hiperventilaba y la silueta, que resultó ser una mujer, me miraba con cara de concentración, como tratando de leerme la mente. Una situación incómoda que traté de solucionar rompiendo el silencio.

–Muchas gracias –le dije–, gracias de verdad.

–Cuéntamelo todo –respondió–. ¿Qué ha pasado?

Cerré los ojos y comencé a relatar la historia desde el principio, con todo detalle. Ella atendía a mis palabras, parecía que las analizaba. Acabé la historia.

–Olvida todo –dijo–. Huye... Solo recuerda que el bosque no olvida.

No entendí nada, me quedé atónito, pensando que era una broma pesada o algo por el estilo. Por más vueltas que le daba, seguía sin encontrarle sentido. Pensé que le había contado la historia para nada. Ella se marchó a otra habitación y volvió minutos después con dos infusiones. Me entregó una y la otra la llevó hasta una mesa cercana. Se sentó en una butaca próxima a la ventana, cerró los ojos y trató de descansar, pero una cornamenta retorcida atravesó el tablón que protegía la ventana y rompió la clavícula de la mujer desde la espalda hasta el tórax. En su último aliento, me indicó dónde podía encontrar su arma y, poco después, murió.

–¡No, no, no! No puede ser –dije mientras grandes gotas de sudor cubrían mi frente–. No puede ser.

No me podía creer hasta dónde estaban llegando aquellos seres. Me incorporé tan rápido como pude y fui a por la escopeta. Solo tenía cuatro balas, tendría que aprovecharlas muy bien. Me dispuse a salir por la puerta más cercana, comprobando primero si la salida estaba despejada. Daba pasos minúsculos, andaba de cuclillas mientras temblaba aterrado. De nuevo aquellas imágenes penetraban en mi pensamiento mientras los ojos se humedecían poco a poco. Choqué con una esquina. Poco me costó entender que era uno de los bordes del pequeño recinto de caza que creamos ilegalmente Kenny, Marcos, Julia y yo, meses atrás.

Me senté y comencé a llorar. Escuché el sonido de unos pasos. Me incorporé secándome las lágrimas para tener una visión más clara. Estaba encerrado, rodeado por ciervos, osos, mapaches, jabalíes, diversas aves... Se acercaban. Por un momento sentí que mis pulmones se comprimían, que no podía respirar. A punto de morir, pero aún estaba vivo. Era una sensación tan horrible que no se la desearía ni a la peor persona del mundo. Mientras yo cargaba el arma, los animales se aproximaban. En poco menos de medio minuto maté a tres de ellos gastando las cuatro balas. Trate de disparar la quinta, pero el cargador estaba vacío. Les arrojé el arma. Ni se inmutaron. De repente, se apartaron hacia los lados y se formó un pasillo. Tres ciervos se acercaban lentamente. Clavadas en sus cornamentas llevaban, como tres trofeos de caza, las cabezas de mis tres amigos simulando lo que hacíamos nosotros con sus cabezas enmarcándolas en madera. Entonces lo entendí todo. Comprendí el mensaje de aquella mujer: "El bosque no olvida". Ellos habían esperado el momento, habían visto todo y se habían encargado de mis amigos y de aquella mujer. El siguiente era yo. Poco a poco se fueron acercando y, cuando menos lo esperaba, se abalanzaron sobre mí.